

DAGOLL - DAGOM: VIDA Y MARTIRIOLOGIO

He estado en la sala Villarroel viendo esta biografía poética de Salvat-Papasseit. He ido finalmente, después de resistirme como un jabo cuando la montaron allá en la calle Pere Lastortras, en el local del Instituto del Teatro. Imaginaba que el asunto iba a ser de un aburrido subido de tono, pero he de confesar que visto el ingenio no llega la sangre al río. Es un montaje que tiene la virtud de ser breve, ajustado en texto, escenografía y luminotecnía, cosa que ayuda mucho a una buena digestión. Además Joan Ollé, que es quien lleva la voz cantante, ha tenido el buen gusto de poner sobre las tablas un elenco femenino la mar de chulo. Las mozas, todas muy bien puestas, me dejaron muy reconfortado. Sólo lamento la brevedad de aquella fugaz escena —entre dos luces— en la que una de ellas va y hace desaparecer su camiseta. Poéticamente hablando, claro está...

En fin, que yo me estoy volviendo también demasiado frívolo para este oficio. Dejo pues las armas del juicio y de la crítica a Jaume Melendres, hombre serio y ponderado, quien desde ahí al lado les pondrá a ustedes al corriente del valor, peso y medida del espectáculo. A mí me toca hablar con el «padre» de este «Nocturn per a acordió».

—Bien, amigo Ollé, ¿de dónde demonios ha salido este pimpante grupo Dagoll-Dagom?

—Surgió a partir de la disolución del NGTU. Tres de los antiguos miembros nos pusimos a trabajar y presentamos un espectáculo titulado «Yo era un tanto y lo que he visto me ha hecho dos tontos», sobre poemas de Rafael Alberti. Luego ha venido este montaje que ahora presentamos.

—¿Por qué siempre montajes poéticos?

—Por pura casualidad. Con Alberti me di cuenta que su faceta poética surrealista se prestaba a un montaje teatral, como homenaje a los grandes cómicos del cine norteamericano (Keaton, Charlot, Pamplinas...). En cuanto a lo de ahora, a lo de Papasseit, he de confesar que el proyecto estaba en mi cabeza desde hacía tiempo. En el fondo lo que intentamos es difundir al poeta, un poeta del que hace cincuenta años que no se habla.

—¿Cómo ves tú a Salvat-Papasseit, en tanto que hombre y en tanto que poeta?

—Lo considero un hombre de baja cultura, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para ponerse a la altura de sus amigos. Es por eso que tuvo que leer mucho y muy aprisa; leer con una especie de obsesión loca, leer a Ibsen, Nietzsche...

—¿Consideras en él alguna faceta social o política de su poesía?

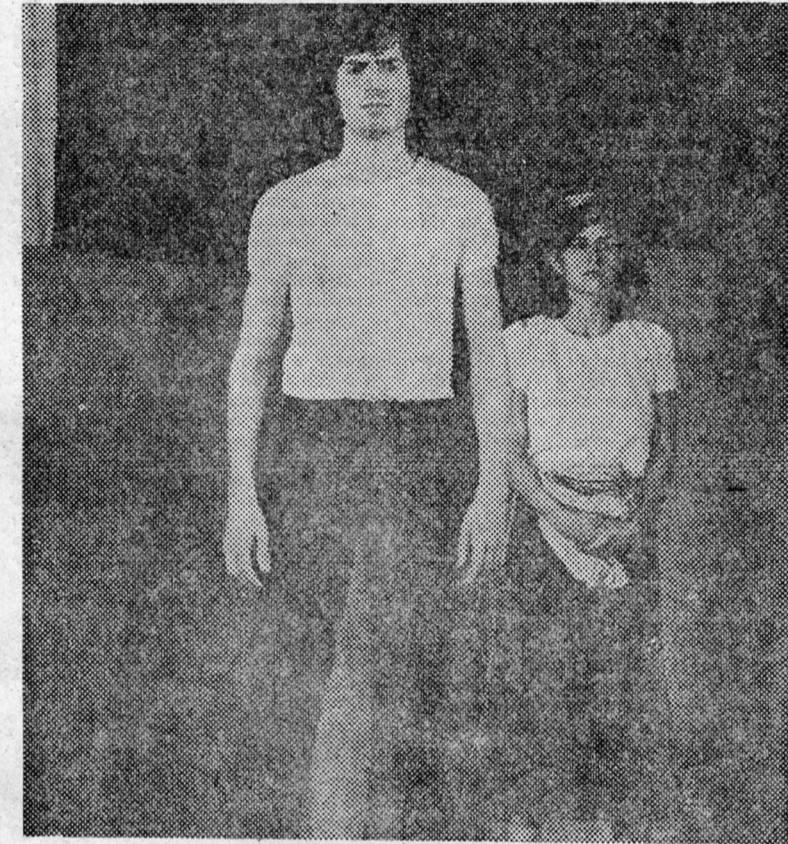
—«Jo no vull allistarme sota cap bandera», son sus propias palabras. «Seré ara el glossador de la divina acracia, de la acracia imposible en la vida dels homes que no senten desitjs de una era millor.» Son también sus palabras.

—¿Cuáles son, pues, a tu juicio, sus grandes temas?

—El amor-erotismo, la calle, el puerto... Sobre el amor Papasseit es el poeta que escribe a tenor de la

medida de sus frustraciones. Es el caso de muchos poemas que siempre comienzan en el tiempo condicional del verbo. El canta al amor, con toda la libertad que esta palabra encierra, mientras en su vida real obliga a su mujer a jurarle que cuando él muera no conocerá a otro hombre. Existe, pues, una tremenda contradicción, una escisión podría decir, entre su vida y su obra.

—¿Crees sinceramente que Papasseit tiene hoy algo que decirnos?, es decir, ¿tiene tu montaje otra justificación que no sea el siempre respetable romanticismo sensibón del lector sonámbulo entusiasmado por una lectura?



—Creo que sí, que tiene mucho que decirnos. Además, ha sido un poeta sistemáticamente olvidado. Ahora lo están desenterrando los Llach, Serrat..., pero es muy significativo que la última edición de sus obras, en el año 1961, sólo alcanzó la ridícula tirada de seiscientos ejemplares.

—A la vista de tu montaje, ¿no temas que te acusen de esteticista?

—Sí. Lo hemos querido hacer así. Lo único que pretendemos es reflejar sus poemas y las consecuencias dramáticas que de ellos puedan desprenderse.

—¿No te interesa el teatro popular?

—Sí. Esto pretende serlo. —Menos guasa.

—Te aseguro que esto sería un montaje popular si el nivel cultural del país gozara de condiciones normales de desarrollo. Nosotros hemos intentado elaborar un espectáculo con palabras del propio Salvat-Papasseit. No hemos querido hacer didacticismo porque no nos vemos capaces de enseñar nada a nadie. Hemos querido presentar al poeta andando por

el interior de su propio mundo. El optimismo de sus poemas llega a un punto escalofriante: parece que observa la vida a través de un cristal empañado. Es el poeta del deseo instisfecho.

—Hablemos de los planteamientos, estrategias y juegos malabares que ha de hacer un grupo independiente para sobrevivir.

—Grupo independiente quiere decir gente no comprometida con nin-

guna estructura comercial determinada. Gente sin carnet profesional. Paradójicamente en muchas ocasiones el grupo independiente tiene más profesionalidad que los que se autotitulan «profesionales». En este país obras mediocres son ensalzadas por motivos parateatrales.

—¿Tenéis previsto algún montaje nuevo?

—Nos ronda la idea de un espectáculo sobre textos, canciones populares, historia e «imagería» de la España de la posguerra. Se llamará «No hablaré en clase».

—¿En castellano?

—¿Puede hacerse de otra forma tratándose de la posguerra?... Bueno, puede que sea bilingüe. De cualquier forma es una idea embrionaria aún.

—Pues nada más.

—Me gustaría añadir algo.

—Añade.

—Debo justificar el espectáculo que presentamos en la Sala Villarroel. Después de ser presentado en inmejorables condiciones técnicas en el local del Instituto, nos hemos dado cuenta de que es económicamente imposible llevarlo tal como se estrenó. La música ha tenido que ser suprimida, materializada solamente como grabación. En otro orden de cosas debemos agradecer la colaboración de Joan Pere Viladecans, confeccionador del programa, Ramón Muntaner, que ha escrito la música, y también la ayuda de Quico Romeu y Lluís Llach. De los vestuarios se encargó Elisa Ruiz.

Al acabar la conversación, imperceptiblemente, casi sin darnos cuenta, el cielo empezó a encapotarse. Más tarde, mucho más tarde, estaba lloviendo.

Ferran MONEGAL
(Fotos, QUIM BOIX)

Los espectáculos previstos

Iniciada la temporada con «Nocturn per a acordió», del grupo Dagom-Dagoll, he aquí los próximos espectáculos previstos en la Sala Villarroel:

— Grupo Darna (una semana).

— Comediantes: «Catàroc» (una semana).

— Ensayo Uno en Venta: «Quince reales».

— Tábano: «La ópera del bandido» (cuatro semanas).

Las representaciones previstas serán de jueves a domingo y se mantendrán los precios (100 pesetas butaca) vigentes la temporada pasada.

MUCHAS BATALLAS PERDIDAS, UNA GUERRA GANADA

«Nocturn per a acordió» deja en el espectador una extraña, indefinida e incómoda impresión: como espectáculo, ni aburre, ni entusiasma. Por su timidez escénica, podría caer en lo primero; pero las ajustadas medidas del montaje —una hora de duración— la presencia de unas cuantas ideas excelentes, la música, y un uso de las luces tan astuto como discreto salvan el escollo y conducen al empate.

Se trata de un montaje con problemas de columna vertebral, observables tanto en la concepción misma del texto —la articulación de los poemas, su elección— como en los elementos formales que lo sirven. Por su concepción, en efecto, «Nocturn per a acordió» oscila entre la reconstitución biográfica (en este caso, el protagonista del espectáculo sería Joan Salvat-Papasseit, el poeta), con algunas superficiales alusiones a la época, y la mera antología de poemas confeccionada según el poderoso y siempre justificado criterio de las preferencias personales, en cuyo caso el protagonismo recaería más que en el poeta en su obra. Hay aquí un contencioso permanente que Dagoll-Dagom no ha sabido resolver.

Escénicamente, el espectáculo es extremadamente tributario de otro Salvat (Ricard) —hieratismo trascendente, ausencia de sentido del humor y, al mismo tiempo, una indudable dignidad— con esporádicas fugas, nada pedantes, al surrealismo unas veces y a la nota paródica, vía foto fija, otras.

Por lo general, los actores no dominan todavía el dificultoso arte de la recitación, del lanzamiento del verso. Esta es, en un espectáculo poético, una hipoteca que se paga. Hay en la pronunciación del verso que nos ofrecen los actores y actrices de Dagoll-Dagom, como en el trayecto de ciertos autobuses, paradas, pausas discrecionales donde ni sube ni baja ningún suplemento de sentido y, por lo tanto, perfectamente inútiles, nocivas para el ritmo y la comprensión. Muchas veces, el clima creado por la imagen no está, ni de lejos, a la altura que exigen las palabras, sobre todo en materia de erotismo y sensualidad. En este terreno, Salvat-Papasseit, el más sensual y erótico de los poetas catalanes de todos los tiempos, supera siempre a los actores y actrices de Dagoll-Dagom. Es una verdadera lástima porque estos actores y estas actrices parecen poseer, en la escena, esa «naturalidad» erótica que tanto caracteriza a Salvat-Papasseit, esta misma ausencia de crispación que es indispensable para el pleno uso del sentido.

Nada hay que objetar al montaje de diapositivas que se nos regala en las postimerías del espectáculo, salvo que es tan confuso como innecesario y, tal como suele ocurrir siempre, técnicamente demasiado imperfecto.

A despecho de estas batallas perdidas —he aquí la paradoja—, «Nocturn per a acordió» es un espectáculo estimulante. A la salida podrían venderse muchos libros del poeta si tales libros —oh, industria editorial nuestra— existiesen. En cualquier caso, el viejo amante de Salvat-Papasseit releerá sus poemas preferidos y descubrirá pegadas a algunos de ellos, imágenes sueltas que proceden de Dagoll-Dagom (un cuerpo, un gesto) y que tal vez ya no se moverán de ahí jamás, como la música de Raimon asociada ya por los siglos a ciertos poemas de Salvador Espriu. Y quien hasta ese momento, por razones diversas, haya ignorado a este hijo de fogonero ferozmente apegado a la vida y a sus placeres más concretos, verá surgir en sí mismo una tremenda y urgente curiosidad. Esta es la sutil victoria de Dagoll-Dagom.

Jaume MELENDRES

UN CASO DE LOCURA EN LA CALLE VILLARROEL

Un caso grave que, además, no es el primero. Ya la iniciativa tomada en la temporada pasada por los responsables de la sala Villarroel al intentar, con la primera Muestra de Teatro Independiente Profesional, abrir un local permanente —«de cartelera», decían ellos— para los marginados de la escena comercial, para los insatisfechos, para los que —a veces con mala fortuna porque la buena voluntad no basta— intentan renovar el teatro, ya esta iniciativa podía ser considerada como una empresa alocada y, por ende, condenada al fracaso estrepitoso.

Económicamente, y tal vez por escasos centímetros, no hubo lugar a este fracaso. Artísticamente, como suele decirse, el resultado ya es mucho más discutible, pero esto sólo en parte es imputable a los promotores de la sala, al menos en su primer intento. Si el beneficio de la duda se aplica todavía en algún sitio, hay que otorgarlo también a los insólitos empresarios de la sala Villarroel, que parecen dispuestos a tomar el relevo del Capsa o a complementarlo.

Pero el caso actual rebasa ya todas las previsiones. Además de persistir en sus propósitos, la sala Villarroel ha hecho algo que en estos tiempos de penuria económica y teatral será calificado por muchos de suicida. Ha invertido en el negocio. Y no lo ha hecho en valores rápidamente negociables, inmediatamente rentables (publicidad, por ejemplo, o contratación de primeras figuras) sino en lo que suele denominarse «infraestructura». Los escasos beneficios obtenidos y la exigua subvención al parecer recibida han sido destinados al mejoramiento de las condiciones técnicas del local. Lo que antes fuera una decimonónica y parroquial sala apta para fines de curso con niños disfrazados y emocionados padres, es hoy un espacio donde empieza a ser posible hacer teatro en el más pleno sentido de la palabra: hay luz (se han comprado focos que, aunque muy lejos todavía de lo deseable, permiten iluminar correctamente el escenario) y este escenario, antes angustiosamente exiguo, ha sido ampliado en una sustanciosa cantidad de metros cuadrados. La Sala Villarroel es ya un teatro.

A corto plazo, los responsables de la sala saldrán perjudicados: se verán obligados a ceder su local sólo a los grupos independientes capaces de usar un teatro, que son menos de lo que parece, lo cual significa que todavía tendrán mayores dificultades de programación. Pero a medio y, sobre todo, a largo plazo, la iniciativa beneficiará a todo el mundo. En este tiempo de incierta espera, de frustración constante, invertir en infraestructura los pequeños réditos que proporciona la situación actual es el mayor favor que puede hacerse al teatro, uno de los mayores al menos. Quienes dedican todas sus energías al arte parecen despreciar olímpicamente las bases materiales sobre las que reposa este mismo arte: muchos escritores se desentendían de las cuestiones relativas a la industria editorial; muchos hombres de teatro, de las cuestiones relativas a las condiciones técnicas de los escenarios. Lúcidos, los responsables de la sala Villarroel parecen haber hecho suyo aquel aforismo de Brecht según el cual uno sólo puede ocuparse de las cosas del espíritu cuando tiene el estómago lleno. Y el estómago lleno, en teatro, son focos, butacas, escenarios amplios y elásticos, acústica decente, soportable clima.

Por todo ello, Teatro-eXpress aplaude esta insólita locura producida recientemente en la calle Villarroel y, más concretamente en el local que lleva el nombre de esta calle. Es realmente un teatro de ensanche, en el más literal sentido de la palabra.

